

Aunque fué muy grave el caso anterior, y de él salió Antonio muy avisado y mejorado, y con deseos de servir al Señor con mayor fidelidad, fué sin comparación más grave el peligro que ahora vamos á referir, porque tocaba, no ya en la vida del cuerpo, sino en la misma vida del alma, tanto más apreciable que aquélla cuanto excede la vida inmortal y bienaventurada á la corruptible y llena de trabajos y miserias. Era muy grande el aprecio que nuestro joven hacía de la virtud angelical de la pureza. Nada podía amargar más su alma que el peligro de ajar esta hermosa flor, tan despreciada del mundo y tan suave á los ángeles y apreciada del Criador de ellos. El caso, como lo cuenta el Siervo de Dios, pasó de esta manera: "Libróme, — dice, — la Madre de Dios de otro peligro perteneciente al alma, por el estilo que leemos del casto José. Tenía yo en la ciudad de Barcelona un compatriota, á quien á veces visitaba. Veíanme los habitantes de la casa al entrar y al salir de su habitación, pero yo no me detenía á hablar con ellos, pues mi compañero me conducía luego á su cuarto y allí teníamos nuestras conversaciones. Siendo yo entonces jovencito y ganando algo con mis sudores, me gustaba vestir, no diré con lujo, pero sí con cierto esmero, tal vez demasiado, y Dios sabe si tendré que darle cuenta de esto en el día del juicio. Habiéndome presentado allí una vez, pregunté por mi amigo; y la señora de la casa, que era joven, me respondió que le aguardase, que iba á llegar pronto. Mientras le aguardaba conocí que aquella mujer me tendía un lazo, y habiendo invocado á María Santísima, me escapé de su vista saliendo precipitadamente de la casa para no volver jamás á ella (1)."

Siendo Antonio tan cuidadoso y vigilante en evitar las ocasiones de ofender á Dios, á buen seguro que, si hubiera previsto el riesgo que corrió en la casa de su amigo, se hubiera guardado de ir á ella; pero no lo previó ni estuvo en su mano el preverlo. Sin embargo, resuelto habitualmente á no pecar, y acostumbrado, á pesar de su tibieza, á invocar en todos los peligros la protección de María, tuvo la buena suerte de hacer en esta ocasión lo que para esta especie de tentaciones aconsejan los Santos Padres de común acuerdo, fundados en aquellas palabras de la Escritura, que "quien ama el peligro

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

perecerá en él". Lo cual dicta la misma prudencia natural, porque quien se detiene pudiendo huir da claras muestras de que lo ama, y cuando no de presumido; y así, desamparado por su temeridad de la gracia del Señor, caerá miserablemente sin que le valga su pasada santidad, sabiduría y fortaleza, como se vió en el santo David, en el sabio Salomón y en Sansón el fuerte, que por no huir de la ocasión vinieron á dar caída muy espantosa.

Con tales desengaños quiso Dios que despertase y viese los lazos que se hallan en el mundo; pero aunque los pasados le hicieron más cuidadoso, fueron menester dos más para arrancarle del todo de las cosas de la tierra y enderezarlo de una vez para siempre en el camino de la perfección, sin que jamás retrocediera ni tornara á mirar atrás. Nadie mejor que él podrá referírnoslos. "Un joven poco más ó menos de mi edad, — escribe el Sr. Claret, — me invitó á que con él hiciese compañía de intereses, á lo que tuve la desgracia de acceder. Comenzamos á emplearlos en la lotería, siéndonos la suerte bastante favorable. Como yo estaba ocupado en mis cosas, apenas tenía lugar de pensar en el asunto. Tomaba mi compañero los billetes y me los entregaba, y conservándolos yo hasta el día del sorteo, se los devolvía para que mirase si eran premiados; y como tomábamos muchos billetes, cada vez sacábamos algo, y á veces cantidades de mucha consideración. Poníamos aparte lo necesario para emplearlo en otros billetes, y lo restante se depositaba en el comercio, recibiendo un seis por ciento, con los recibos correspondientes, de cada suma que entregábamos, de los cuales recibos era yo el depositario, única cosa que hacía, corriendo por cuenta del compañero todas las otras diligencias. Eran ya muchos los recibos y la suma de las cantidades considerable, cuando he aquí que un día se me presenta diciéndome que uno de los billetes había sido premiado con *veinticuatro mil duros*, pero que cuando iba á cobrar lo había perdido. Decía la verdad; lo había perdido en el juego; empero no era esto lo más grave. Estando yo fuera de casa se introdujo en mi cuarto, quitó el cerrojo de mi cofre, se llevó todos los recibos de la compañía, todo el dinero de mi particular peculio, mis libros y mis ropas, y lo entregó todo en prendas de cierta cantidad que le prestaron; con ella se fué al juego y la perdió. Deseoso de un desquite, y

no teniendo más con qué jugar, se llevó las joyas de la señora de una casa en que tenía entrada; vendiólas, y con el precio se fué otra vez al juego, y todo lo perdió, quedando sin dinero y sin honra. Entretanto, viendo la señora que le faltaban las joyas y sospechando que se las había robado aquel Fulano, lo delató á la autoridad. Cogieron al ladrón, el cual confesó el delito: le formaron causa y fué condenado á dos años de presidio. No puedo explicar el golpe que me dió este suceso, no por la pérdida de los intereses, aunque cuantiosos, sino por la de mi honradez y buena fama. Decía yo en mis adentros: — ¿Qué dirá la gente? ¿Creerá que he sido cómplice de sus juegos y hurtos?... ¡Un compañero en la cárcel!... ¡Un compañero en el presidio!... Estuve tan corrido y avergonzado que no me atrevía á salir á la calle, figurándome que todos los conocidos me habían de mirar y hablar de aquel asunto (1). „

A esta narración añade el P. Clotet en sus Memorias: “Refiriéndonos él mismo, siendo ya Misionero, la profunda pena que le produjo el extravío y el castigo ciertamente merecido de aquel compañero suyo, lo decía con tono tan enérgico que daba bien á entender que, después de tantos años, no se había borrado de su mente la triste impresión de aquel suceso, y no obstante, como su reputación era tan buena, nadie sospechó ni pudo sospechar que fuese cómplice de los desórdenes de aquel desdichado joven (2). „

Por lo dicho se verá cuán perjudiciales son las malas compañías, pues si por un milagro de la gracia no llegan á pegar la lepra de sus vicios á los que á ellas se acercan, tiznan por lo menos su honra y empañan la preciosa joya del buen nombre.

Todos estos peligrosos lances le sirvieron de estímulo para servir con más fervor al Señor; pero lo que definitivamente le obligó á dar de mano á todas las cosas del mundo y entregarse enteramente á Dios sin reserva alguna, fué el hecho siguiente, narrado por él mismo en estos términos: “¿Quién lo había de decir? El mismo extremado apego que tenía yo á las cosas de mi oficio, fué precisamente el medio de que se valió Dios para desprenderme de él. En los últimos días del tercer año

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

de estar yo en Barcelona, al asistir á la santa Misa, tenía grande trabajo en apartar los pensamientos que se agolpaban en mi mente; porque, aunque gustaba muchísimo de pensar en aquellas cosas de mi arte, no hubiera querido que me sucediera esto en la Misa y demás oraciones, sino que en aquella hora quería suspenderlo hasta otra ocasión y ocuparme sólo en lo que iba haciendo ó rezando, y así procuraba desviar aquellas especies; pero en vano, pues no podía contener mi fantasía. Sus rápidos movimientos eran como los de una rueda que, impulsada por una fuerza superior, no se detiene de un golpe. A esto se añadía que las ideas más nuevas y los mejores descubrimientos me venían cabalmente en aquella hora, sucediéndome que durante la Misa tenía yo más máquinas en la cabeza que santos había en los altares. En medio de aquel agregado de fantasmas me acordé haber leído en mi niñez aquella máxima del Evangelio que dice: *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde el alma (1)?*

„El recuerdo de esta sentencia causó en mi ánimo una profunda impresión: fué una saeta que me hirió. Mudado de repente, como Saulo en el camino de Damasco, iba discurriendo qué haría, pero no acertaba; y faltándome un Ananías que me guiase en aquel nuevo estado de mi alma, dirigíme á San Felipe Neri, ó sea á la casa de los Padres del Oratorio, y dando una vuelta por los corredores vi un cuarto abierto, pedí permiso para entrar, y encontré un humilde y fervoroso lego, llamado Hermano Pablo. Referíle el objeto de mi visita y la resolución que llevaba, y habiéndome oído con mucha caridad y paciencia, me dijo humildemente: “Yo soy un pobre „lego que no puedo dar á Ud. consejos; pero le acompañaré „á un Padre muy sabio y virtuoso... „ Me condujo, en efecto, al P. Amigó, el cual, habiéndome escuchado, aprobó mi resolución de abandonar el mundo, y me aconsejó que emprendiera de nuevo el estudio del latín (2). „

6. Alentado sobremanera Antonio con las palabras y consejos de aquel virtuoso Padre, empezó luego á poner por obra su resolución, pues ya no podía dudar de que Dios no le quería fabricante, sino ministro suyo, conforme á las inclinacio-

(1) Matth., XVI, 16.

(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

nes que ya desde su niñez había tenido. Dió, pues, de mano á los muestrariós, utensilios, dibujos y libros de que para su arte se valía, y no pensó ya sino en los estudios con que intentaba disponerse para ser religioso. En 1817, el Sr. Cristóbal Bofill, fabricante de Vich, aún conservaba, según el ilustrísimo Sr. Aguilar, obispo de Segorbe (1), dos de los muestrariós que nuestro joven le regaló cuando dejó la fabricación para reanudar los estudios. El uno constaba de 65 hojas, con 823 muestras de telas de lanas; el otro de 12 hojas, con más de 400 muestras de telas de algodón. Por este hecho se deja entender la gracia extraordinaria que necesitó para desprenderse de lo que tanto amaba y á lo que con tanta fuerza le arrastraban sus aficiones y especiales talentos; pero en nada tropezó, porque estaba verdaderamente tocado de la mano de Dios y sentía ya en sí muy más levantadas aspiraciones.

Emprendió con ardor el estudio del latín, tomando por maestro á un sacerdote muy distinguido en Humanidades; pero habiendo éste fallecido á los dos meses y medio, siguió su estudio bajo la dirección de otro notable profesor de Gramática latina que, aunque tenía por verdadero nombre Francisco Mas y Artigas, era más comunmente conocido con el nombre de D. Francisco el Ciego (en catalán *l cego*), porque realmente lo era, pero no le impedía la privación de la vista el ser un excelente maestro de latín, por lo cual concurrían á su aula muchos alumnos de familias distinguidas. Bajo la dirección de tan aventajado maestro dióse el Sr. Claret tan buena maña, que en nueve meses, como atestigua el presbítero D. Ignacio Alemany, beneficiado de Vich y discípulo suyo en aquel tiempo, aprendió toda la Gramática latina y hablaba esta lengua con corrección y soltura. Lo cual es muy notable, por más que antes había visto parte de ella; pues á más de que hacía ya muchos años que no la había hojeado, hay que tener en cuenta las circunstancias con que estudió, que á otro cualquiera menos laborioso y de menos talento y aplicación de seguro le hubieran arredrado; porque durante estos meses de su estudio no dejó el trabajo de la fábrica, no porque dudara aún del estado que debía abrazar, sino para ganarse el vestido y la comida sin ser gravoso á sus padres. Sólo podía emplear en el

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. IV.

estudio las horas que le dejaba libres el trabajo, y que antes consagraba á perfeccionarse en el ramo de la fabricación; pero llegó á tal extremo su aplicación y afán de aprender para entrar cuanto antes en los estudios eclesiásticos y retirarse del mundo, que aun tejiendo tenía el libro delante y preparaba la lección. Su profesor D. Francisco Artigas, que aún vivía cuando mosén Claret era ya famoso predicador, aseguraba que en su clase dió siempre muestras de talento perspicaz y de laboriosidad asombrosa. Entre otras anécdotas que solía contar, decía que habiendo visto el joven Antonio en las ferias llamadas Encants una historia compuesta de siete ú ocho cuadros, los pidió al dueño para copiarlos, y al otro día se los devolvió, sacado el dibujo de todos ellos. Decía Artigas que al llegar Claret por la mañana á su casa con los cuadros, arregló el velón de noche y se encerró en su cuarto, del que no volvió á salir hasta el día siguiente, después de haber trabajado toda la noche y el día anterior (1).

7. Después que el Señor, por su infinita misericordia, le había tocado el corazón de aquella manera extraordinaria que se ha dicho, haciéndole así entrar de nuevo en el camino que derechamente debía guiarle á la ejecución de las trazas que sobre él tenía su divina Providencia, quedó al joven Claret un deseo vago de retirarse del mundo é ir á servir á Dios en algún claustro para librarse de los peligros que hay en aquél, y de la vida agitada y bulliciosa, tan contraria al recogimiento y al trato familiar con Dios. Pero no entendía por entonces el fervoroso Antonio que el Señor no le llamaba al retiro exterior del claustro, sino al interior del alma, donde él suele comunicarse á sus escogidos como en una celda ó templo solitario amistosa y familiarmente, llamando muchas veces al alma para que, dejando de asomarse á los sentidos y potencias exteriores, se recoja en aquel santuario interno á tratar y conversar á solas con Dios.

Esta es la verdadera soledad á que Dios lleva al alma cuando quiere hablarle al corazón; que esotra exterior sin ésta de nada sirve, y antes daña que aprovecha. Verdad es que la exterior ayuda y favorece mucho á la interior, quitando los estorbos que suelen impedir el recogimiento del alma, pero al fin

(1) Aguilar, *Vida del Sr. Claret*, cap. V.

puede muy bien estar la una sin la otra, y así como difícilmente alcanzará la soledad espiritual el que es también llamado de Dios á la corporal de los objetos exteriores si no corresponde á este llamamiento, pues es señal que Dios quiere concederle la primera por esta segunda; así en vano intentará el que á ésta no es llamado conseguir el interior recogimiento huyendo del mundo para encerrarse en un convento, porque allí entre las paredes de la celda le perseguirían las imaginaciones de las cosas que vió; y como no es Dios quien le lleva por aquel camino, vendrá á desmayar, el encierro se le hará pesado, y al fin, con daño de su alma, tendrá que volver á lo que una vez dejó. Ni bastan siempre para conocer la vocación de Dios al retiro del claustro los deseos fervorosos que el alma tiene, aunque sean de Dios, porque suele Él á las veces comunicar estas ansias y deseos de huir del mundo, no para que los pongan luego por obra, sino para que les sirvan de estímulo ó acicate para adelantar en la virtud y no tropezar con los peligros del mundo; pues cuando las almas hastiadas de él andan con estos deseos, difícilmente se les pegan sus aficiones y vanidades.

Estos deseos suelen acometer principalmente á los que de nuevo comienzan á servir al Señor, que como vienen del mundo chorreando sangre, como dicen, y ven al ojo el daño que les ha causado y los peligros que en él corren, siéntense inclinados á dejarle y huir adonde no lleguen sus asechanzas. Cuando el Señor los da para que se pongan por obra, suelen ser perseverantes, si por parte de los llamados no queda, hasta quedar allanadas todas las dificultades y llevarlos felizmente á cabo. Mas de esto, con la ayuda del Señor, trataremos más adelante; ahora baste decir que los deseos de entrar en Religión, que por este tiempo comunicó Dios al Sr. Claret, eran para hacerle adelantar en la perfección, alejándole más y más de los gustos y vanidades del mundo, y no para que los llevara á cabo y se retirara realmente del trato y conversación con los hombres. Y como los primeros fervores de la vida nueva suelen estimular al alma al mayor apartamiento del mundo y á los rigores de la penitencia, discurriendo el joven Claret á qué Religión entraría, se inclinó á la Cartuja, por ser esta Religión de tanta aspereza y soledad como todos saben. Para poner en práctica este proyecto necesitaba del consentimiento

de su padre, por lo que se decidió á pedirlo, y el modo como lo alcanzó, según él nos lo cuenta, fué como sigue: "Fastidiado del mundo, — escribe, — determiné dejarlo, haciéndome religioso de la Cartuja, fin y objeto de todos mis estudios. Mas antes de ponerlo por obra creí que para mí era un deber el comunicarlo á mi padre, lo que hice en la primera ocasión que se me ofreció cuando fué á Barcelona, adonde solía ir muchas veces por motivo de comercio. Grande fué su aflicción cuando le dije mi intento: me hizo ver las lisonjeras esperanzas que tenía en mí fundadas, y el grande negocio que él y yo podríamos hacer en la fabricación. Subió de punto su pena al decirle yo que quería ser cartujo; pero como era tan buen cristiano, no tardó en resignarse. — Yo no quiero oponerme, — dijo, — á tu vocación. Dios me libre. Piénsalo bien; encomiéndalo á Dios y consúltalo con tu director espiritual. Si él te dijere que ésta es la voluntad de Dios, siguela en hora buena; yo la respeto y la adoro, aunque lo sienta. Sin embargo, si fuera posible, preferiría que, siendo sacerdote, permanecieses en el siglo. Con todo, hágase la voluntad de Dios (1). "

¡Resolución digna de un padre verdaderamente cristiano! Luchaban en él dos contrarios afectos, ambos poderosos y legítimos: el afecto natural de la sangre, y el deseo de cumplir la voluntad de Dios. Los dos sentimientos están admirablemente expresados en la respuesta que dió á su hijo; pero al fin venció la divina voluntad y, como otro Abraham, se dispuso á sacrificar á su hijo si así lo ordenaba el Señor. ¡Qué hermoso ejemplo para aquellos padres que se dicen cristianos, y aun por ventura frecuentan los Sacramentos, llevando una vida muy ajustada á los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y que, sin embargo, en tratándose de la vocación de sus hijos al estado sacerdotal, y más aún al religioso, parecen ser otros y, como si hubieran perdido la fe, no hay medio que no pongan ni razón que no tienten para apartarlos del estado á que Dios los llama, y no acaban de resolverse á dejarlos partir de su lado para entregarlos á Dios, cuando para entregarlos á las vanidades del mundo, no sólo no ponen estorbo á que se vayan, aunque sea á lejanas tierras, con peligro de la vida y sin esperanza de tornar á verlos, mas muchas veces ellos

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

mismos les dan prisa para esto, cooperando locamente, y quizá sin advertirlo, á la perdición de ellos.

Con estos pensamientos de entrar en la Cartuja redobló el joven Claret el fervor y su aplicación al estudio, tomó con nuevos bríos el cumplir fielmente sus devociones, pues, como se ha dicho, durante el corto tiempo que duró su tibieza había descuidado algunas de ellas, y así ahora, para compensar el tiempo perdido, aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían de honrar al Señor y visitarle en el sagrado tabernáculo. Y no contento con esto, levantaba á el frecuentemente su corazón por medio de jaculatorias y de ardientes deseos de entregársele todo entero lejos del mundo y de todo lo que éste con tanto afán ama y codicia. Así se fué disponiendo durante los últimos meses que estuvo en Barcelona para entrar en Religión, según era su intento; pero la providencia del Señor tenía sobre él más altos designios, para los cuales, sin él entenderlo, le iba allanando el camino, como se verá por lo que se cuenta en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO III

CARRERA ECLESIASTICA Y ORDENACIÓN DEL SEÑOR CLARET (1829-1835)

1. Trasládase á Vich: método de vida que allí entabló aconsejado de su nuevo director. — 2. Va á la Cartuja, y suspende luego su entrada en ella. — 3. Sus estudios, su aplicación y talento. — 4. Prueba de su castidad, y cómo la Virgen se le apareció, premiando su victoria. — 5. Cómo se dispuso para la ordenación con el ejercicio de todas las virtudes. — 6. Recibe las sagradas órdenes y celebra su primera Misa.

1. Cerca de cuatro años había pasado el Sr. Claret en la tumultuosa capital del Principado, conservando en ella su inocencia, aunque no sin algún resfriamiento del primitivo fervor, cuando más absorto se hallaba en los quehaceres de su oficio. Entrado de nuevo en el sendero de la perfección merced á los repetidos desengaños con que el Señor le hizo experimentar la vanidad del mundo, su divina Providencia, con aquella admirable suavidad con que dispone y ordena todas las cosas á sus respectivos fines, hizo que se trasladase á la religiosa y morigerada ciudad de Vich, donde instruido por hábiles maestros y celosos directores se formase mejor en las virtudes y en las ciencias, para ser luego hábil instrumento de las maravillas que por él intentaba Dios obrar.

Vivía en Sallent D. Mariano Casajuana, encargado por el señor obispo de Vich del cobro de los derechos sobre algunas propiedades y señoríos que éste tenía en Sallent. Tenía aquél mucha entrada con el Prelado por motivo de su empleo, y era además suegro del hermano mayor de nuestro estudiante. Prendado del virtuoso joven, una vez al visitar al Sr. Obispo le habló de Antonio y de sus excelentes prendas; y como el Prelado entrara en deseos de conocerle, lo comunicó á los padres de éste, los cuales recibieron con ello grande alegría, y así, sin espera ni dilación alguna, escribieron á su hijo que pa-